

FACISMO

IX

MATRIMONIO

¿Qué hemos de decir que no sea con indignación del concubinato legal que llaman divorcio?

La inmensa gravedad del tema y las terribles palabras proferidas por quien ocupa el sitio más elevado que pueda ocuparse en la tierra, exigen del lector, y se la pedimos con toda el alma, la máxima atención.

El divorcio, decía León XIII, el año 84, es ante Dios una apostasía; ante la Iglesia un crimen; un absurdo ante la Razón; y ¡nótese bien! una catástrofe ante la Sociedad.

No es posible condena- ción más energética, ni más propia, ni más pavorosa que la pronunciada por los augustos labios del Vicario de Cristo. Palabras verdadera- mente proféticas, bastantes para helar la sangre en las venas a los dirigentes de la política europea: y se la hubiera helado seguramente si la bacana materialista de aquellos días no les tuviera cegada la mente y anestesia- do el corazón.

Sociedad europea, vino a decir el insigne pontífice: ¿te lanzas alocada a la apos- tasía, al crimen, al absurdo? ¡Ay de tí! Yo te conjuro en nombre del Dios vivo, a quien represento, que no se hará esperar la merecida ca- tástrofe.

Y efectivamente, a los treinta años justos y cabales esa infame apostasía, ese abominable crimen, ese gro- siero absurdo hallan su ex- piación en la inmensa catás-

trofe que llenó el mundo de dolor, convirtiendo parte de Europa en un lago de san- gre y toda ella en un mar de infinitas lágrimas.

¡Europa empedernida!: si todo esto es el divorcio y tan espantables sus conse- cuencias, ¿qué puedes espe- rar manteniéndolo todavía en tus códigos? ¿Por qué no escarmientas? ¿No es necio creer que tu civilización pue- da prosperar a base de una apostasía, de un crimen, de un absurdo? Y aunque pu- diera por un imposible, ¿quién te confirió poderes para legislar contra Dios, contra la Iglesia, contra la Razón?

Europa del divorcio, a quien no enseña tan doloro- sa experiencia, si tu disolu- ción fué una de las causas que provocaron la terrible catástrofe, ¡sépallo de una vez para siempre! tu endure- cimiento asegurará también la no menos terrible del comunismo.

Piedra fundamental, soli- dísima base, principio intan- gible de la verdadera civili- zación puede apellidarse y es en realidad el matrimonio cristiano: y es la razón por- que las familias, que son su resultado, son pequeños es- tados que resuelven eficaz- mente por las vías del amor el gran problema que cons- tituye la esencia de la civili- zación, es a saber, el mayor bienestar, la mayor inteli- gencia y la mayor moralidad posibles: problema que te- nemos por insoluble y que los más apasionados contra-

dictores hallarán al menos de difícil solución si lo ha de resolver el Estado sin el concurso de esa magnífica institución social que se llama familia.

Por más que admiremos y alabemos las maravillas de la caridad, nadie, hablando en términos generales, como los padres, por irresistible impulso del corazón, puede querer el mayor bien de sus hijos. Por eso se puede afir- mar sin temor a ser desmen- tidos que el divorcio, des- tructor de la familia, es una institución que prepara las vías al comunismo. Cuando se propague, cuando el buen sentido del ciudadano deje de sobreponerse al sectaris- mo del legislador, al dar sus naturales frutos, la Europa del divorcio automáticamente será la Europa comunista.

Son tan evidentes los es- pantosos efectos que produ- ce allí donde se estableció, que ahorran el comentario. Poco pensaría la Francia re- publicana, a la que tanto ad- miramos por su espléndida unidad, en los desastrosos efectos que había de produ- cir en las costumbres públi- cas, sobre todo elevando a la categoría de ministros al que hizo gala ante el mundo ¡qué escándalo! de su divorcio. Bien sabe París, que disfru- ta la triste y merecida fama de ser la nueva Pentápolis: porque es ella, la *cité* del di- vorcio, la que irradia disolu- ción por todo el globo, y tan refinada que se avergonza- rían de referirla Suetonio y Tácito.

Es verdad que hablamos todos los días de los sagra- dos intereses de la humani- dad; es cierto que tratamos de difundir la civilización en las colonias, a cuyo noble empeño se ha sacrificado

tanta sangre y dineros; no lo es menos que tenemos por gran afrenta de la civiliza- ción que al cabo de veinte siglos de cristianismo se ha- ble todavía de serrallos, ha- rems y poligamias, pregone- ros de nuestro gran pecado de omisión; pero lo peor es que no obstante esta certi- dumbre les enseñamos prác- ticamente esa poligamia, porque al fin y al cabo el divorcio no es más que una poligamia sucesiva.

Por eso Mussolini elevan- do la mirada, y consideran- do la excelsa institución que se llama matrimonio no co- mo objeto de placer sino en su aspecto religioso, domé- stico, político y social impo- ne, para propagarlo, una contribución al celibato que no sea por motivos de reli- gión; manantial abundantí- simo de disolución y licen- cia; por eso felicita al cardenal de Milán por su reciente escrito sobre el matrimonio; y de seguro que excluiría de su lado como peste pernicio- sísima de la república a con- cubinarios y crápulas, sobre todo crápulas, de que estaba infestado entre nosotros el viejo régimen.

Mussolini, el gran restau- rador del estado, no podía menos que fijarse en el vicio radical que corroe las entra- ñas de la sociedad presente para oponerle el matrimonio y su consiguiente indisolubi- lidad como fortísimo valla- dar contra el infame comu- nismo.

Los efectos de las dos po- líticas son bien notorios. Mientras algunos estados marchan a su disolución, la Italia facista corre, vuela a la cabeza de las naciones ci- vilizadas.

En la Sociedad de Nacio- nes uno de sus componentes,

